

...RESEÑAS / RESEÑAS / RESEÑAS / RESEÑAS...

La lírica como libertad: Alberto García-Teresa, una nueva hornada de la poesía crítica, por Francisco José Fernández Ramos

Deseo de ser punk, de Belén Gopegui, por Eva Fernández

El blocao, de José Díaz Fernández, por Javier Burgos Tejero

Bio-Grafía americana, de Víctor Fuentes, por Cristián H. Ricci

La cena de los notables, de Constantino Bértolo, o el rey está desnudo, pero tiene guardia con espadas, por Javier Rodríguez Fernández

La lírica como libertad: Alberto García-Teresa, una nueva hornada de la poesía crítica

Hay que comerse el mundo a dentelladas, de Alberto García-Teresa. Baile del Sol. 2009, 109 págs.

Por Francisco José Fernández Ramos

Una metáfora radical construye los poemas de Alberto García-Teresa en su libro *Hay que comerse el mundo a dentelladas*: la muerte es una forma de vida. Pero este tema, que no lema, se ve poblado de adversidades ante una reestructuración determinada de lo real en la mirada del poeta. “Hay que acariciar la vida a dentelladas”, el uso de la antítesis, en el verso treinta y uno del primer poema, revela algo más que un uso propiamente literario, invirtiendo en términos poéticos el discurso político, y viceversa. Cabría preguntarse por qué escriben poesía los que seguramente deberían estar dando la matracca en alguna *manifa* o pegando carteles ante su propia y demostrada indignación, nada poética. No es que el texto sea el primer paso, sino que da un paso más allá; libros como el de Alberto García-Teresa, o como los del resto de lo que se ha dado a llamar –de manera molesta para el convencimiento literario, más que dominante, propio de la clase media– poesía crítica¹, establecen un principio que entronca con la mismísima naturaleza *catárquica* del discurso en Aristóteles, pasando por la *ejemplaridad* cervantina, y deteniéndose en la más cercana idea de Brecht de qué toda obra que nos aleje de la realidad, se acerca, quiérase o no, al “*fantasismo* fascista”; y que, en suma, viene a proponer un discurso poético alineado estético y moralmente, como, en nuestra tradición, señalarían las obras de un León Felipe o un Miguel Hernández... Es decir, como un acto de posicionamiento ético ante la realidad. Escribimos por lo mis-

¹ Con este término inauguró Enrique Falcón la antología *Once poetas críticos en la poesía reciente*, una nomenclatura desconcertante para una corriente poética practicada con éxito en la actualidad, que no se llama a sí misma *social*, pero que tendría una rememoración de ese limbo de lo social, como llama Ignacio Echevarría a la novela militante de mediados del siglo XX, y que en el número de Noviembre y diciembre del 2002, de la prestigiosa revista *Ínsula*, se conviene en llamar *poesía de la conciencia*. Más allá de una discusión sobre la etiqueta que le queramos poner a “una serie de prácticas estéticas que no se conciben a sí mismas de otro modo que como un posicionamiento moral ante la realidad...” (cita de Araceli Iravedra de un artículo de aquel mismo número de *Ínsula*), interesa recalcar cómo la tan kantiana, la tan burguesa idea de *crítica* aplicada a un discurso, (¿por qué no *cántico*?) enteramente espiritual arma un revuelo entre los que les gustaría aplicar el término *social* a este tipo de poesía que practica Alberto García-Teresa, pues el término *crítica* les resulta incómodo.

mo que vamos a manifestaciones o, si la ocasión se pinta, reventamos un cajero automático: porque admitimos la literatura como necesidad y no todo lo contrario.

*... la jornada no tiene nombre.
Es un emborronado pañuelo
que tirarás a la noche
a la papelería de tus sueños...*

La *in-existencia* es una de las categorías líricas e ideológicas principales de este libro, porque lo que se deduce, ya desde el título, es una contradicción constante entre la forma de vida occidental, entre la visión posmoderna y la vida *vivida* por entero (*realmente*, en sentido estricto), más allá de las constricciones del Capital, sin deudas acumuladas ni esta codicia depredadora, y en términos colectivos. En la página 27, hay un poema especialmente *atronador*: “La luz perdida”

*... Pues sólo un horizonte gris se abre
frente a quienes se saben mercancía,
frente a quienes se siente meros objetos
que generan beneficios ajenos cada día...*

Versos difíciles para tiempos difíciles. Olvidado queda ya el canto de Víctor Jara, aquello de “cuando voy al trabajo pienso en ti...” Este es tiempo de sueños tirados a la papelería, y de lo único que uno se acuerda cuando va al trabajo es de la esperanza y estúpida sonrisita –que se pretende contagiosa– del jefecillo quien chupa nuestro tiempo, mientras llenamos los depósitos con la sangre y la miseria de pueblos enteros.

Tiempos en los que tampoco hay justicia poética alguna, y en los que un automóvil no ajusticia a los villanos, no siega sus sonrisas, sino que arrolla tanto a cuerpos sin voz, como o a cuerpos portadores de voces como la que, a lo largo de este libro, se levanta y se declara radicalmente insumisa. Y es entonces cuando (en “Versos para un accidente”, por ejemplo) se abre una puerta, y se vislumbra una tenue luz, y toda la oscuridad, no del poema, sino del mundo, se ilumina: se trata del amor como cura, de ese amor que se produce pese a los chantajes cotidianos de estos días sin amor; un mínimo crepúsculo y una veloz aurora, amor de despedida y contra la oscuridad, como una estrella, como esa estrella. “Cariño dame un beso/ que sea como una estrella, (...) y no como un cometa/ que en el espacio se aleja”. Es la dialéctica del amor y del resplandor, con ciertos tintes platónicos, sí, tal vez, en una poesía que celebra la vida, al son de un verso libre que roza el octosílabo y el ritmo yámbico, como “mester de rebeldía”; un amor que se irá desnudando y metamorfoseando, tomándose las libertades por su mano; así, el amor lésbico del poema la Medusa se produce contra el patriarcado: “es atentado, que será transgredir amorosamente”. O un amor que alcanza y se parapeta en el *búnker* mismo del amor, pues “en el reducido gran espacio/ de nuestros abrazos,/ seguimos siendo/ libres”.

Alberto García-Teresa pertenece a la última hornada de poetas de la conciencia, o poesía crítica, de la que son referentes Jorge Riechmann, Enrique Falcón y Antonio Orihuela, entre otros. Asiduo a los encuentros poéticos de Voces del Extremo, aboga por una poesía de la praxis: “Tiré tú poética al suelo/ y la pisotee con fuerza./ Dejémonos de teorías(...) permitamos que hable (...)tan solo la poesía”. Más allá de la poesía sentida con una turbia premeditación esteticista, la poesía de Alberto García-Teresa es “insumisa y esperanzada”; pues “comerse el mundo a dentelladas” no es tritararlo con una *minipimer* y servirlo en *potitos* a mentes infantilizadas. “Porque la vida es lucha/ y la esperanza nuestro puño”. Leamos a este joven poeta, para que se abra la grieta que



preludia la flor en el muro; para reactivar nuestros sueños perdidos en la sonrisa forzada del jefecillo que nos espera, mientras llenamos nuestros depósitos. Pero no por rencor, sino sencillamente porque: "Alguien dejó tendidos sobre el aire/ para ti unos versos de amor".

***Deseo de ser punk*, de Belén Gopegui** (Anagrama. 2009. 187 págs.)

Por Eva Fernández

Martina, la protagonista de la última novela de Belén Gopegui, con 16 años, se sabe una adolescente. Martina huye de las cosas inocuas y por eso escribe en un cuaderno cuyas hojas, una vez arrancadas, no volverán para acoger nuevas palabras. El destinatario del cuaderno es alguien especial, a quien necesita contar que le han pasado y le están pasando cosas y que necesitará hacer otras para poder desear vivir. El contenido de ese cuaderno, escrito posiblemente en no más de una decena de días, es la novela desde la que Belén Gopegui nos ofrece nuevamente la intensidad de sus apuestas y su rabia, en mano de esta desafiante adolescente.

El acontecimiento de un vaso que se rompe recorre las páginas, acompañando las reflexiones sobre un personaje, el padre inapropiado de su mejor amiga Vera, un tipo que no mide razonablemente cuánto entregarse. *"Yo sé que el padre de Vera se quemó, ardió rápido"*. Del padre de Vera lo que Martina nunca olvidará es que, ante su tristeza, le dijera *"¿Quién ha sido?"*, en lugar de *"Tú verás"*, o *"Allá tú"*, como sí hacen sus padres. *"Es mejor -escribe Martina- decirle a alguien que quieres que le parta un rayo (...) pero allá tú es como dejar sólo a alguien, completamente sólo"*.

A sus padres volveré, pero quiero recuperar ahora ese vaso roto, que ilustra el desafío que supone no dejar de preguntarse *"¿Cómo se coloca todo bien? (...) a veces mueves la mano y sin querer tiras el vaso y se rompe y hay agua y cristales; dicen que eso es fácil de arreglar con una bayeta y barriendo los cristales. Lo que no se arregla es que te gustaría clavarte uno, que saliera sangre y no llorar"*.

Martina ha aprendido del padre de Vera que ante un vaso roto, uno puede correr el riesgo de cortarse, de quemarse, que es mejor que extinguirse lentamente. *"No vale todo. No siempre se puede volver a empezar. No todo lo que se rompe puede arreglarse. (...) Te la juegas y apuestas por alguien, y si te falla no cambias la apuesta a mitad de partida. Te hundes con él. Llegas hasta el fondo"*.

Belén Gopegui se alienta del rock y el punk para nombrar ese desafío de atreverse, en un mundo como el nuestro, a la lealtad frente a lo intercambiable y al valor, frente a la parálisis: *"Porque lo que da más miedo es estar esperando y no poder hacer nada. Da mucho más miedo eso que salir a matar dragones"*. Y es que para Martina hay motivos para gritar: *"Si de verdad no hubiera nada en nuestros sueños estaríamos callados. En cambio lo decimos, lo estamos diciendo a voces"*. Motivos por tanto para organizar la rabia, la furia, para no conformarse *"No quiero ser como ellos porque, si lo fuera, a lo mejor terminaba aceptando que esto no está"*

